

nes hemos nacido, como nacimos contemporáneos y sujetos á la influencia del cólera, que no conocieron nuestros Padres!... Humillémonos ante los designios de la Providencia, que para algo envía esos azotes tremendos, y por algo también nos ha dado la razón, que estudia la medicina; la inteligencia, que consulta las verdades de la moral y de la política.

Esta resignación de nuestra creencia no es la desesperación, no es el fatalismo. Ni el cólera destruirá la especie humana, ni la revolución alcanzará á hacer desaparecer ó retrogradar la civilización de Europa. Por todas partes vemos difundirse el error, y substituir el interés á la verdad: no creemos por eso que ha de triunfar la ignorancia. Por todas partes vemos el intento de sustituir el imperio de la fuerza al dominio de la razón; y no creemos por eso que la Europa haya de retroceder á la barbarie.

En otros tiempos, para suavizar la dureza romana, nació el arte griego; para convertir en regeneradora la barbarie septentrional, hizo Dios que las hordas de Alarico y Clodovéo se iluminaran con la fé del cristianismo. Todavía, si fuera posible que nuevos vándalos y godos llegaran á comprometer seria y fundadamente la existencia de la sociedad, todavía creeríamos que estaba de reserva un prodigio para detenerlos con el religioso pavor, que hizo alejarse á Atila de las puertas de Roma.

La presencia del mal nos afiije y atribula; la esperanza del bien nos fortalece y anima. Alcanzamos á la sociedad moderna en aquel período de infancia adulta, en que se han caído los primeros dientes, y no han nacido todavía los segundos. Podrá ser una crisis de agudas convulsiones; pero no se debe creer que la calentura de una

dentición dolorosa sea una postración de muerte. Como en el cuerpo humano, la crisis podrá resolverse por medio de la medicina, ó en virtud de las fuerzas vitales de la naturaleza misma; esto es, por la reacción de los mismos principios constitutivos de la sociedad, ó por el empleo de una fuerza exterior.

Voy á hacer una lijera indicación de estas dos soluciones, de estas dos esperanzas; y si mis palabras parecen en alguna manera paradójicas, nada más tengo que decir, sinó que estoy acostumbrado hace tiempo á ver mis opiniones consideradas como visiones poéticas, y á mirar luego esta poesía convertida en realidades tremendas.

III.

Hay en efecto hombres tan preocupados y poseídos del terror de una disolución social, que han creído ver en el estado actual de la Europa una notable analogía con la disolución del Imperio romano en el siglo V. Hay personas, Señores, que, á vista de la actitud de los pueblos del Norte, creen los unos posible, los otros hasta necesaria, una nueva invasión de los pueblos septentrionales, para afianzar la autoridad de los poderes públicos, y robustecer el vigor de los relajados vínculos sociales. Hay espíritus, en quienes ha entrado la idea de que á la civilización amenazada y combatida por masas de obreros, no le queda otra esperanza, que la de una restauración verificada con hordas de cosacos.... (*Risas.*)

No hay que reirse, Señores, de este temor, y de esta idea; no hay que llamarla extravagancia. En este siglo,

extraordinario todo él, no hay nada parcialmente extraordinario, irrealizable. Esta esperanza ó este temor están muy en su lugar: esta aprension es muy fundada: esta contingencia es muy seria. Sí, Señores. Los cosacos pueden venir. El movimiento de las razas esclavonas, más numerosas hoy que las germánicas de la grande invasion, puede establecer de nuevo otra corriente polar de ejércitos y de generaciones desde el Vístula y el Neva hasta el Bósforo, hasta el Tíber, hasta el Estrecho gaditano. Pero ¿sabeis, si esta gran inundacion se verificara, lo que vendrían á establecer y á consumir en el centro y en el Mediodía de Europa, los montañeses del Oural y los hijos del Beresina?... ¿Lo qué?—El comunismo, la democrácia.

Si á alguno sorprendieren como visionarias estas palabras, lo único que le ruego es que se figure por un momento que se encuentra en un aula de Alejandría, de Aténas ó de Constantinopla, al principio del gran cataclismo de la invasion escandinava, y que un Profesor de aquellas escuelas se levanta y dice:—«¿Sabeis lo que vienen á hacer las legiones de Alarico el godo, de Genserico el vándalo, del hunno Atila y del franco Clodovéo?...—Pues vienen á consumir la demolicion de las antiguas instituciones y de las antiguas aristocracias, empezada por vuestra plebe. Vienen á repararse vuestro territorio, como los veteranos de César; á establecer sobre nuevas bases el derecho de propiedad, el aprovechamiento de la tierra, y la condicion de la servidumbre personal. Vienen á substituir á la poderosa unidad de vuestro Imperio, al principio cohesivo y absorbente del anonadamiento del individuo ante la autoridad de la república, ó ante la magestad

« del Príncipe, un sentimiento de independencia individual, incompatible con tan vastas asociaciones, y unas franquicias é inmunidades personales, que ni siquiera « soñaron vuestros más ardientes tribunales. Vienen, en « fin, á aceptar de vuestros esclavos, y á difundir por « la Europa, con la fé de una razon virgen y el ardor de « una sangre jóven, esa Religion cristiana, nacida ayer « entre la hez del pueblo, cuyos dogmas y principios « habeis creido por tanto tiempo que sólo podian « venir á las clases pobres, desvalidas y trastornadoras « de vuestro antiguo régimen y organizacion. Esto viene « á hacer la espada de Alarico y la frámea de Clodovéo, Pero no se lo preguntéis á ellos, porque no lo « saben, ni lo comprenden. Esos caudillos sólo tienen la « fuerza y el poder de conducir á su raza: en la sangre, « en el espíritu, en las idéas, en las necesidades, en los « instintos de esta raza, es donde están la verdad y el « secreto de este vaticinio.»—

Señores: yo no sé si hubo entónces quien se atrevió á hacer este pronóstico: lo que sé de positivo es que si alguien lo hizo, se le burlaron y rieron muy á su placer los oyentes.

Yo, por mi parte, os digo solamente que he procurado seguir con alguna atencion la marcha del espíritu en esos pueblos del Norte, á quienes parece que está reservado en nuestros dias un misterioso destino, una mision grandemente influyente sobre la suerte del mundo. He meditado sobre la vitalidad juvenil, sobre la actividad enérgica y poderosa de esas razas, que algunos creen sumergidas en la indolencia y en la inmovilidad asiática. He seguido con dramática curiosidad los instintos, las aspiraciones, las tendencias, las idéas que bullen y fer-

mentan en el seno de esos cien millones de hombres, de una misma sangre y de comun origen, á quienes en medio de las convulsiones interiores de su ebullicion, parece que preside y arrebatá un mismo pensamiento.

He procurado tener en cuenta todos los datos políticos, desde la tenacidad del gabinete imperial de San Petersburgo en ese trabajo de asimilacion que se ha llamado *panslavismo*, hasta las tendencias disidentes de las Dietas de Croacia, Hungría y Bohemia. He procurado abarcar la síntesis de sus aspiraciones poéticas y filosóficas, desde el tremendo programa de los estudiantes de Cracovia en la insurreccion de 1846, hasta las odas de Pouckine, el Byron del Norte, el poeta favorito del Emperador; desde las visiones apocalípticas de Mieralowski, el Jeremías de la Polonia proscrita, hasta las teorías filosóficas de Kollar, el doctrinario del liberalismo ilírico. Y cuando esto he hecho, Señores,—no me arredro de confesarlo,—la preocupacion poderosa, que me afecta respecto á esa gran familia del género humano, cuya influencia puede estar destinada á renovar el papel que representaron en otro tiempo los pueblos de origen germánico ó escandinavo, está muy léjos de tranquilizarme acerca del resultado social de su influencia y preponderancia.

Es ley eterna de la Historia, que las razas conquistadoras acepten siempre las idéas revolucionarias de los pueblos conquistados; y si Dios tiene determinado que el radicalismo y la democrácia sean la ley general de la familia européa, esa es la raza que los ha de venir á plantear. No confiéis en las disposiciones personalmente políticas del jefe de más poder entre esos pueblos, atento más que á nada á asimilarlos á todos, y á decirles:—“Yo

soy el primero, soy el Jefe, soy el corazon, la cabeza y el brazo de la gran gente esclavona: soy el primer patriota de la patria comun: soy el primer ruso, como el primer polaco, el primer servio, el primer moldavo, el primer húngaro, el primer eslavo.” No estudiéis más que esto en el caudillo, y despues, los que un dia de terror, lo habeis esperado todo de una restauracion moscovita, pasad el Danubio, y los Kárpathas y el Vístula; examinad al pueblo que conduce, y los que pensais que no hay otro dique contra la demagogía, contra las utopías socialistas, y contra el desarrollo de los principios democráticos, desesperad de vuestra esperanza; que ni el tiempo ni la Historia han de desmentir mis recelos!...

Perdonadme, os ruego, Señores, esta digresion, quizá intempestiva, y una excursion tan aventurada por un campo de extrañas conjeturas. Afortunadamente las probabilidades de esta problemática contingencia tienen un plazo demasiadamente remoto, para que puedan figurar como cantidad positiva en los términos de los problemas que vamos á plantear. Debo intentar una solucion más cercana, porque, á la verdad, abrigo una creencia más vulgar, y una esperanza más consoladora.

Yo creo que la sociedad, como un paciente robusto, tiene fuerzas todavía dentro de su constitucion, para rehacerse contra los dolores que la aquejan, y para no dejar que lleguen al estado de gangrena algunos de los virus maléficis, cuya fuerza es tan violenta en su primera acometida. Creo sencillamente que en ésta, como en otras épocas, los errores y los delirios, aunque modernos, pasarán, como pasan los relámpagos de una tormenta, dejando su lugar á la verdad, que se llama antigua porque es eterna. Creo sencillamente que en esta, como en otras

épocas, las ideas verdaderamente progresivas, los principios, que lleven en sí un verdadero adelanto moral de la especie humana, prevalecerán en el mundo sobre los intereses, aunque sean arraigados, que se les opongan. Creo sencillamente que en este movimiento de evolucion, en que gira la humanidad, y en cuya virtud, siendo la misma, va mostrándose en la Historia bajo aspectos y caracteres distintos, como sucede, en sus diferentes períodos, á la vida del individuo; la sociedad, al reponerse de sus trastornos y dolencias, se encontrará modificada, porque su organismo se habrá asimilado al pasar,—como en otros cataclismos y revoluciones anteriores,—algunos de esos mismos principios, que ahora la inflaman y envenenan. Creo sencillamente que, en ésta, como en otras épocas, los hombres de bien llegarán á triunfar de los perversos; la verdad, del error; la civilizacion, de la barbarie; y las leyes eternas de la conservacion social, de los elementos deletéreos que la combaten.

Pero creo tambien, Señores,—y esto me entristece,—que la Providencia no otorgará estos bienes á la sociedad, sin que los adquiera á costa de heróicos esfuerzos, y tal vez de algunas merecidas expiaciones. Creo tristemente, Señores, que el egoismo de algunas clases, el olvido ateo de las prescripciones de la moral, la exagerada preocupacion de los intereses materiales, la creencia epicúrea de que la humanidad y caridad cristianas son meras fórmulas teóricas de catecismo, sin ninguna aplicacion práctica en la vida privada, ni consecuencia alguna en la existencia política, no han debido hallar gracia delante de Dios, que puede dar á la moral y á la virtud social la sancion de duros escarmientos. Creo tristemente que la razon humana ha sido demasiado presun-

tuosa de su ciencia; y no será extraño que el cielo la enseñe cómo no basta la filosofia para organizar y dirigir las sociedades. Creo tristemente que la divinizacion de la fuerza, y la idolatria de la fortuna harán todavía necesaria la destruccion de esos ídolos, que han usurpado con escarnio el altar de la justicia. Creo tristemente que las consecuencias anárquicas del individualismo habrán de manifestarse con sucesos tan deplorables y sangrientos, como en otros dias los produjo la asociacion opresora de las repúblicas ó de las Monarquías antiguas, para que los hombres encuentren en la combinacion de estos dos principios la fórmula de su existencia social, y de su asociacion política. Creo tristemente, por último, que en esta lucha de encontrados principios, representado cada uno por distintas clases, y correspondiendo cada uno á la satisfaccion de diversas necesidades, habrá terremotos, y tormentas, y sangre, y lágrimas; sin que acaso la paz, la calma, la armonía y la concordia logren establecerse, hasta que nosotros, rápida generacion de un dia, hayamos pasado.

Pero basta que creamos que esta situacion puede venir; que esta tempestad puede calmarse; que esta concordia puede establecerse; que la solucion de este problema puede encontrarse: basta que creamos que hay en nuestra sociedad, en nuestra conciencia, y en nuestra creencia elementos y fuerzas capaces de acercarnos á este resultado, para que me sea dado esperar que los adelantos de la inteligencia, y las sugestiones del sentimiento abreviarán los plazos del término de esta lucha. Yo abrigo, Señores, esta esperanza consoladora; y porque la abrigo, es por lo que me creo en obligacion de contribuir, en la exigüidad de mis fuerzas, á la solucion apetecida.

Para anunciar que no quedaba esperanza ninguna, no hubiera tomado la palabra. Para anunciar que sólo en Dios la había, no hubiéramos menester de discursos, sino de oraciones.

Pero á nosotros, Señores, creyendo, como filósofos cristianos, en la influencia del albedrío y de las facultades dadas al hombre, bajo la direccion suprema de la Omnipotencia Divina, tócanos buscar la resolucion de los problemas sociales, en los principios de la filosofia humana, sin ser atéos; y en la vital eficacia de la verdad religiosa, sin ser fatalistas.

IV.

Hé aquí, sin embargo, Señores, una dificultad inmensa para el objeto que nos proponemos. Para combatir una fortaleza, suelen destruirse é interceptarse los caminos por donde habian de llegarle socorros. La filosofia y la religion son ciertamente los caminos, que conducen á los problemas de la ciencia social, y de la ciencia política; pero, Señores, triste es confesar que la obra de destruccion y de crítica ha empezado por estas ya indefensas fronteras.... ¿Dónde está el criterio de la filosofia? ¿Dónde está, por más que nos hagamos ilusiones, la unanimidad de la creencia? ¿Dónde está la fé? ¿Dónde está la doctrina? ¿Hay fuerzas humanas en este siglo, hay fuerzas individuales, sobre todo, para levantar ó reconstruir estos dos caidos y despedazados pilares de todo edificio, á cuya sombra hayan de guarecerse hombres ó pueblos, familias ó generaciones?

En otros tiempos habia una creencia ciega, ó una filo-

safia despótica. Ante el dogma de la fé, doblegábanse todas las opiniones; y cuando la religion lanzaba su anatema contra un principio heterodoxo, no le admitía la razon á juicio. Por la autoridad de la ciencia teológica se modeló la de la filosofia. Aristóteles ó Platon, Santo Tomás ó Scoto ocuparon el puesto de los Santos Padres; y no más fué permitido discutir de ciertas conclusiones dogmáticas, que de las verdades reveladas. Pero cuando se pretende someter la fé al criterio de la razon, y la razon ha sacudido el yugo de la autoridad, ¿qué criterio, Señores, le hubo de quedar á la conciencia? ¿Sabeis cuál fué el resultado de esta situacion? Que todos apelaron á la fuerza.... La Iglesia llegó hasta el auto de fé: el Estado proclamó la santidad del verdugo.

Pero, como quiera que no sea dado á la fuerza constituir derecho, aunque algunas veces organice poder; la razon no abdicó sus pretensiones, y la libertad de discusion ensalzó delante de las hogueras y de las bastillas, la gloria y la esperanza de las revoluciones. Desde que el dominio del poder y la autoridad de un dogma fueron nada más que un hecho, el hecho contrario pudo aspirar á la misma dominacion. Para que los principios creen autoridad, es menester apelar al convencimiento ó á la creencia.

Tal es la situacion del espíritu humano en este siglo. En vez del símbolo indisputado, en lugar de la autoridad espontáneamente acatada, en vez del principio unánimemente inconcuso, encontramos tan sólo en el dominio de las idéas, la anarquía; en el terreno de los hechos, la fuerza. En vano la legalidad establece que sus instituciones deben respetarse porque existen: los innovadores responden: "Deben perecer, porque han vivido." Los conservadores gritan á los revolucionarios: "Antes de des-

truir, organizad. —Estos responden á sus antagonistas: "No teneis más derecho para conservar que nosotros para abolir." Y en nombre del progreso social, invocado contra el principio del orden, siguen demoliendo lo que llaman escombros, lo que otros creen cimientos; lo que nadie, en medio de tan anárquico combate, se atreve á mirar como edificio sólido, siendo el recinto más seguro no más que un campamento atrincherado.

Vacilante, perpleja múltiple la razon, como una luz reflejada por un espejo hecho pedazos; rodando como la ardilla en una rueda que ella misma empuja; saltando de una autoridad en que no se cree, á una creencia que no se obedece; apelando á los cálculos de la utilidad para probar la moral del sacrificio, y á la santidad de la moral para contrarestar las tendencias del interés, ha concluido por donde parece que quiere concluir todo en nuestros días: ha recurrido al sufragio universal y á la soberanía del pueblo, porque esto es haber proclamado el sentido comun como el criterio supremo de las verdades filosóficas, de los principios políticos, de las instituciones sociales.

El sentido comun, Señores! Permitidme dos palabras sobre la significacion de este nombre. Yo tampoco tendría inconveniente en consultar las respuestas de ese oráculo en el santuario donde yo le acato, y en someterme á las decisiones de esa razon universal y suprema, que es á las ideas individuales lo que en el orden físico el mar á las fuentes, y que debe ser para el hombre el reflejo de la inteligencia divina, como es el Océano la imágen de su inmensidad. Pero no caprichosamente, Señores, he equiparado ántes el sentido comun con el sufragio universal, y con lo que se llama soberanía popular. De la mis-

ma manera quiere usurpar siempre este nombre la inteligencia de una fraccion, la razon de una minoría....

¡El sentido comun! se dice; y en seguida se empeñan algunos en dar este título no más que á cierto juicio excepcional y privilegiado, á cierto instinto práctico y positivo, que sólo toma en cuenta la posibilidad inmediata, la utilidad individual, y los resultados que pueden apreciarse por guarismos; á ese cálculo friamente matemático, que rechaza como extravagancia, como delirio, como vision, como poesía, todo sentimiento del alma, todo interés moral, toda aspiracion efectiva, todo problema en que hay tenebrosas incógnitas: á esa geometría de la conciencia que no admite sinó líneas rectas; á ese sensualismo filosófico, que desecha toda influencia de ideas; que desconoce toda fuerza en los principios; que ridiculiza todo lo invisible, todo lo indeterminado; á ese sentido comun, Señores, que ha empezado por desdeñar como imaginario y ficticio, todo lo que no cabe en su materialismo, para concluir llamando ficcion y fantasía á todo principio social y á toda influencia religiosa.

Pero, ¿es este, Señores, os pregunto, el sentido comun del género humano? ¡El sentido comun de las grandes masas de gentes, el juicio universal de los pueblos, la conciencia de las generaciones, las ideas y sentimientos, que permanecen eternos en la sucesion de los siglos, y cuya síntesis y cuya interpretacion por algun individuo se ha llamado el génio, cuando no se le ha creido divinidad? ¡Es ese el sentido comun de la humanidad, de esta humanidad que tiene un destino inmortal y misterioso, y que abriga las necesidades, los sentimientos, las fuerzas, los órganos y los instintos de su destino?..... ¡De esa humanidad, que tiene creencias y entusiasmos? ¡De

esa humanidad, que no ha sido nunca panteísta ni epicúrea? ¿De esa humanidad, que ha creído siempre en Dios, en el gobierno de la Providencia y en el mundo de los espíritus?... ¿De esa humanidad, que los ha acatado siempre, y que simbolizando en ellos el límite natural de sus facultades y de su comprensión, ha admitido donde quiera los portentos, y ha aceptado las revelaciones? ¿De esa humanidad, que adora el heroísmo sin cálculo; que ha levantado altares á las virtudes de abnegación y de sacrificio; que se agita y conmueve con la electricidad poderosa de nombres y de principios abstractos, y que ha combatido siempre por lo que debe creer y pensar, con más encarnizamiento que por lo que ha de comer y vestir?...

De ningún modo, Señores.—La humanidad que ha levantado altares, y templos, y tronos; la humanidad que ha redactado los Códigos, y escrito la historia, y compuesto los poemas épicos; la humanidad, ese gran legislador, filósofo y poeta de los siglos; esa humanidad, Señores,—permitidme la singularidad de la expresión,—esa humanidad no tiene sentido común, ese sentido común letrado, académico, materialista, positivo, geométrico, anatómico, divinizador de los sentidos, que negaría á su naturaleza la posibilidad de los sonidos, si el hombre fuera sordo; como niega la existencia de todo aquello para cuya natural percepción no nos ha dado un sentido el Eterno Autor Supremo de nuestra organización limitada.

Á ese sentido común, Señores, aun despojado de sus pretensiones exclusivas, aun circunscrito á cuanto puede tener en su esfera, de natural y exacto, aun reducido á lo que pudiera creerse instinto racional de la especie humana, no podemos llamarle en nuestro auxilio, por dos ra-

zones: la una porque es incompleto, imperfecto, limitado; la otra porque ese instinto vulgar sólo puede servir de norma, cuando se refiere á las acciones y necesidades del hombre en el círculo de su existencia individual.

Ahora bien, Señores; en estas conferencias no nos toca hablar solamente del individuo, sino de la sociedad: no habrémos de tratar de las cualidades de las piedras, sino de las proporciones del edificio; no de cómo crece y nace un árbol, sino de cómo se conservan, se dilatan y se aprovechan los bosques. Para esta tarea, Señores, sin que demos un gran tormento á las palabras, no puede servirnos lo que se llama vulgarmente sentido común.

En su acepción grande y dilatada, el sentido común no es otra cosa que la historia y la filosofía; la filosofía y la historia, que componen unidas el juicio y la conciencia del género humano; la historia, que considera á la humanidad, no como un agregado de individuos, sino como un ser colectivo, creciendo y desarrollándose según leyes análogas á las de todo ser ó sistema, dotado de organización y de vida; la filosofía, no como una teoría individual de las obligaciones y derechos, de las necesidades y sentimientos, de las facultades y limitaciones del hombre, sino como el conjunto de los hechos, de los principios y de las instituciones necesarias para que la sociedad viva y adelante; la historia, como la manifestación práctica y material de aquellas verdades y doctrinas que habiendo tenido aplicación y consecuencia, pueden merecer el nombre de filosofía; la filosofía, no como una doctrina de invención arbitraria, sujetando *à priori* el encadenamiento de los hechos; sino como el conjunto y enlace de las deducciones que arroja de sí la estadística de la historia: la filosofía y la historia, en fin, con relación á los proble-

mas que atañen á la organizacion social, económica y política de las naciones modernas, tal como los ha planteado últimamente la escuela innovadora de nuestros dias; al conjunto de cuyos principios y tendencias se ha dado más especialmente el nombre de socialismo.

Una palabra, Señores, de advertencia, ántes de poner fin á éste ya demasiadamente largo preámbulo. Despues de lo que acabo de decir, pudiera creerse que yo abrigo la presuncion de que mis explicaciones iban á revelar descubrimientos peregrinos; y que les daba una gran importancia de novedad é invencion. Nada está más distante, Señores, de la verdad y de mi creencia. No concebía el auditorio una esperanza, que pronto habria de verse defraudada, ni forme de mis fuerzas un juicio, que dista aun más de mis modestas intenciones, que de mis palabras, alguna vez dogmáticas.

Yo no voy á hacer ninguna revelacion, ni á consignar ningun principio nuevo. Con las idéas que son patrimonio comun de todos vosotros; con las doctrinas por todos vosotros aprendidas y profesadas, y particularmente con verdades enseñadas en esta tribuna misma por eminentes publicistas, haré un trabajo, que será más bien de método y de forma, de deduccion y de resúmen, que de ampliacion y de enseñanza. Pasaré muy por encima de cuestiones capitales; discutiré poco los principios; no me detendré nada en las idéas intermedias, que os son tan familiares. Si el calor con que algunas frases salen de mis labios, os hubiese hecho concebir la idéa de que son arrogantes mis aspiraciones, de nuevo os suplico, Señores, yo que tengo la dicha de que no empecéis á conocerme ahora, que no confundais la vehemencia del orador con la presuncion del dogmático.

No vengo á enseñar, Señores; vengo á meditar, á discurrir, á aprender con vosotros. Si por la misma confianza que me inspirais, dejo alguna vez á mis pensamientos el calor del corazon y el colorido de la fantasía, que demasiado brevemente borraré el tiempo, desde ahora, y de una vez para todas, pido á vuestra benevolencia que consideréis el tono de mis palabras como una calidad de temperamento; nunca como una manifestacion de odioso, infundado y ridículo orgullo.